



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 12

CTX 109 HISTORIA DE LA IGLESIA I

Marín Riveros, José. “A modo de introducción”, “El llamado a la primera cruzada”. En *Cruzada, Guerra Santa y Yihad: La Edad Media y nosotros*, 13-31 y 133-136. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2003.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

I. A MODO DE INTRODUCCIÓN

1. El llamado

El 27 de noviembre del año 1095, en Clermont, Francia, finalizaba un Concilio llamado a tener una gran resonancia histórica; había sido convocado por el Papa Urbano II (1088-1099) para tratar diversos asuntos, relacionados algunos con problemas estrictamente eclesiásticos –como lo es la simonía, es decir, la compra y venta de cargos eclesiásticos–, en el marco de la Reforma Pontifical, que abarca buena parte del siglo XI. Ello coloca al Concilio dentro de una amplia tradición que se remonta hasta el siglo X, época de la Reforma de Cluny. También se abordó en este sínodo el tema de la Paz y la Tregua de Dios¹, igualmente siguiendo una tradición que se remonta al mismo siglo.

En sucesivos concilios celebrados especialmente en el sur de Francia, y reconociéndose al de Charroux de 989 como la piedra fundante, se había elaborado la idea de la Paz de Dios, que consistía fundamentalmente en la protección de los lugares, bienes y personas inermes –especialmente en relación con el clero– frente a la violencia de las guerras feudales; para ello no sólo se pedía el juramento de los señores, sino que incluso se crearon ligas de paz que velaban por el cumplimiento de las disposiciones conciliares, las

¹ Para una puesta al día sobre el estado de la cuestión acerca de tales conceptos, v. FLORI, J., *La guerre sainte. La formation de l'idée de croisade dans l'Occident Chrétien*, Aubier Montaigne, 2001, Paris, pp. 59 y ss.

que afectaban a la *werra* o *faida*, pero no al *bellum* propiamente tal². Es decir, se orientaban a limitar específicamente la violencia privada al interior de la Cristiandad con el objetivo de establecer una paz entendida como un estado de concordia que garantice la protección de personas y bienes³.

El siguiente paso fue establecer la Tregua de Dios (*treuga Dei*), a partir de los años 1020 a 1025 y confirmada en varios concilios posteriores, cuyo fin era la suspensión temporal de la guerra, obligando a los señores a abstenerse de una actividad en la cual encontraban placer⁴. Se prohibía, así, toda forma de violencia en los períodos más importantes del calendario litúrgico: primero se estableció la suspensión de la guerra entre la tarde del sábado y el lunes por la mañana; después, se alargó el período abarcando desde el miércoles en la noche hasta el lunes; también se agregaron prohibiciones en Adviento, Navidad, Cuaresma, Semana Santa, entre otras fiestas litúrgicas⁵, llegándose a unos cien días durante el año en que estaban permitidas las acciones guerreras⁶. Si bien los efectos prácticos de la Paz y la Tregua de Dios no alcanzaron a eliminar la guerra ni la violencia privada, al menos la limitaron y la pusieron bajo la guía moral de la Iglesia, la cual castigará con el anatema a quienes transgredan las disposiciones conciliares, pero recompensará a aquellos que usen las armas para defenderla. En el III Concilio de Letrán (1179), se establecieron sanciones espirituales para quienes, en una guerra, atentasen contra inermes que no están involucrados en las acciones armadas; en relación con la Tregua de Dios, se prohibieron las acciones bélicas en épocas penitenciales de Semana Santa

² Véase, en general: CONTAMINE, Ph., *La Guerra en la Edad Media*, Trad. de J. Faci, Labor, 1984 (1980), Barcelona, pp. 339 y ss.; JOBLIN, J., *La Iglesia y la guerra. Conciencia, violencia y poder*, Trad. de J. López, Herder, 1990 (Paris, 1988), Barcelona, pp. 103 y s.; PAUL, J., *L'Église et la Culture en Occident (IX^e-XII^e siècles)*, Tome 2: *L'éveil évangélique et les mentalités religieuses*, PUF, 2^e Ed., 1997 (1996), Paris, pp. 567 y ss.; DHONDT, J., *La Alta Edad Media*, Trad. de A. Drake, décima edición en español, 1980 (Frankfurt, 1967), México, pp. 252 y s.

³ PAUL, J., op. cit., pp. 567 y ss.

⁴ Ibid., p. 572.

⁵ Sobre la Tregua de Dios, véase en general: Ibid., pp. 572 y ss.; JOBLIN, J., op. cit., pp. 105 y ss.; CONTAMINE, Ph., op. cit., pp. 341 y ss.

⁶ DHONDT, J., op. cit., p. 255.

y Adviento y, cada semana, entre jueves y domingo, todo ello bajo pena de excomuni6n⁷.

Urbano, en el discurso que dirigi6 a los sacerdotes reunidos en Clermont, seg6n nos refiere Foucher de Chartres (1058-1127)⁸, despu6s de pasar revista a los males que afectaban a la sociedad de la 6poca, se6al6:

“Hace falta, pues, hacer revivir aquella ley instituida una vez por nuestros santos ancestros, y que vulgarmente llamamos tregua de Dios, que cada uno de vosotros vigile para que ella sea observada en su di6cesis, os lo aconsejo y demando en6rgicamente. Que si alguno, arrastrado por la avidez o la soberbia, osa violar esta tregua, que sea anatema en virtud de la autoridad de Dios y de los decretos del Concilio.”⁹

Mientras el s6nodo trataba tales temas, una gran multitud se hab6a reunido porque se esperaba que el Papa diera un importante mensaje a la Cristiandad. Cuando finalmente el pont6fice tom6 la palabra, se le escuch6 hablar de las penurias que deb6an soportar tanto los cristianos de Oriente como los peregrinos hierosolimitanos, tambi6n del Imperio de Oriente ame-

⁷ GARCÍA FITZ, F., *Edad Media, Guerra e Ideología. Justificaciones jur6dicas y religiosas*, Sílex, 2003, Madrid, pp. 61 y s. Debo el conocimiento de este reciente libro al Prof. Angel Gordo Molina, a quien expreso mi gratitud.

⁸ Sobre este cronista, véase DE SANDOLI, S., *Itinera Hierosolymitana Crucesignatorum*, Vol. I: *Tempore Primi Belli Sacri (1095-1100)*, Pubblicazione dello Studium Biblicum Franciscanum, N° 24, Franciscan Printing Press, 1978, Jerusalem, p. 97. Esta obra se encuentra íntegra a disposici6n del lector en Internet: [<http://www.christusrex.org/www2/cruce/index.html#voll>], Copyright *Christus Rex, Inc.*, [<http://www.christusrex.org/www1/icons/christusrex.html>], and Michael Olteanu, MS, [<http://www.christusrex.org/www1/icons/webmaster.html>], Last Revision: May 17, 1998.

⁹ FOUCHER DE CHARTRES, *Histoire des Croisades*, Collection des Mémoires Relatifs a l'Histoire de France, Ed. Guizot, J.L. Brière, 1825, Paris, pp. 6 y s. Véase la reciente edici6n con transcripci6n moderna de Jeanne Ménard: FOUCHER DE CHARTRES, *Histoire de la Croisade. Le récit d'un témoin de la première Croisade (1095-1106)*, Cosmopole, 2001, Paris, p. 16. Texto latino en: FULCHERIO CARNOTENSI, *Historia Hierosolymitana. Gesta Francorum Hierusalem peregrinantium*, I, II, *Recueil des Historiens des Croisades (=RHC), Historiens Occidentaux (=HOcc)*, Imprimerie Impériale, Paris, 1866, Vol. III, p. 323.

nazado por los infieles turcos, y de los Lugares Santos, testimonio palpable de la Revelación, y que estaban siendo mancillados. El discurso habría terminado con un llamado y una promesa: aquellos que tomaran las armas para defender la Cristiandad, recibirían una recompensa en las Moradas Eternas. Es interesante que en un Concilio en que se proclama la paz, se llame al mismo tiempo a la guerra; pero la paradoja es sólo aparente. Era preciso dirigir los ímpetus bélicos hacia Oriente, donde una porción de la Cristiandad no gozaba de los beneficios de la Paz o de la Tregua de Dios. Los presentes, conmovidos, exclamaron al unísono “¡Dios lo quiere!” La *Historia Anónima de la Primera Cruzada* (c. 1099), tal vez la fuente que más nítidamente retrata el sentir de los cruzados, lo relata así:

“Como se acercaba ya el fin que el Señor Jesús anuncia cada día a sus fieles, especialmente en el Evangelio, donde Él dice: ‘El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame’, se formó un gran movimiento por todas las regiones de las Galias, de modo que quienquiera que fuese, de un corazón y de un espíritu puros, que deseara seguir al Señor con celo y quisiera llevar la Cruz consigo, no tardó en tomar con toda prontitud la ruta del Santo Sepulcro... Este discurso [del Papa Urbano II] se fue difundiendo poco a poco en todas las regiones y provincias de las Galias; los francos, escuchándolo, comenzaron rápidamente a coser cruces sobre el costado derecho de sus espaldas, diciendo unánimemente que querían seguir las huellas de Cristo, por las cuales serían liberados del poder del Tártaro”¹⁰.

Es interesante señalar, aunque sólo sea brevemente, cómo en este pequeño fragmento comparecen una serie de elementos relevantes al momento de ponderar adecuadamente el trasfondo de la Cruzada, lo que cons-

¹⁰ *Histoire Anonyme de la Première Croisade*, Narratio I, 1, Editée et Traduite par L. Bréhier, “Les Classiques de l’Histoire de France au Moyen Age”, Les Belles Lettres, 1964, Paris (Versión bilingüe latín-francés), pp. 3-5. Se puede consultar también la versión de A. MATIGNON: *La Geste de Francs. Chronique Anonyme de la Première Croisade*, Ed. Arléa, Paris, 1992, pp. 35 y s. El original latino: *Gesta Francorum et aliorum Hierosolymitanorum*, RHC, HOcc, Imprimerie Impériale, Paris, 1866, Vol. III, p. 121.

tituye su fuerza y que Alphonse Dupront llama “el mito”, esa serie de fuerzas irracionales que se dan cita para alentar la expedición¹¹. Por una parte, el cronista, un testigo ocular de la Primera Cruzada, al hablar del “fin que el Señor Jesús anuncia cada día”, nos remite al sentido escatológico de la Cruzada, dirigida a los *Loca Sancta*, los Lugares Santos, donde el Presente, dramático por la presencia de los infieles, se conjuga con el Pasado escriturístico y con un Futuro que es esperanza encarnada en la Jerusalén Celeste. Precisamente, en la víspera de la Cruzada se reconoce un ambiente cargado de exaltaciones místicas, de esperanzas escatológicas y de milenarismo, todo lo cual apunta hacia Oriente, reconociéndose así su preeminencia sacral¹². Raúl Glaber (c.1048) en sus *Historias* habla de presagios de “hechos sorprendentes y terribles”¹³, de reliquias de santos que se descubren por doquier “como si esperasen el momento glorioso de una cierta resurrección”¹⁴, y más adelante anota:

“En la misma época, una multitud innumerable, proveniente del mundo entero, se puso en marcha hacia el Sepulcro del Salvador en Jerusalén... Algunas personas de autoridad y peso, consultadas respecto de la prodigiosa concurrencia de gente a Jerusalén, entusiasmo hasta entonces inaudito, contestaban con buen juicio que era el signo anunciador del infame anticristo, que los hombres esperaban hacia el final de este siglo, sobre la fe de las diversas escrituras: por esto todas las naciones se abrían paso hacia el Oriente que debía ser su patria, para marchar pronto a su encuentro”¹⁵.

¹¹ DUPRONT, A., *Du Sacré. Croisades et Pèlerinages, images et langages*, Gallimard, 1987, Paris, pp. 15 y ss.

¹² *Ibid.*, p. 25

¹³ RAÚL GLABER, *Historias*, III, 3, edición de POGNON, E., *L'An Mille*, Gallimard, 1947, Paris, p. 87. GLABER, RAOUL, *Chronique*, Ed. Guizot, Collection des Mémoires relatifs à l'Histoire de France, J.L.J. Brière Librairie, 1824, Paris, p. 249.

¹⁴ *Ibid.*, III, 6, (Ed. Pognon, p. 93; Ed. Guizot, p. 260).

¹⁵ *Ibid.*, IV, 6, (Ed. Pognon, p. 122; Ed. Guizot, p. 315).

La esperanza de Salvación, pues, había puesto a Occidente en marcha hacia la Jerusalén terrestre, pero –como se diría en la época– con un amor enteramente celestial, ya que ella es sólo una imagen de la perfecta Jerusalén.

“Esta Jerusalén terrestre la ha elegido Dios por un tiempo, pero es con el fin de que sea figura de esa Jerusalén Celeste, hasta que venga de la simiente de David el Rey que reinará sobre ella por toda la Eternidad”.¹⁶

Por otro lado, el cronista nos habla de la Cruz, venerada desde el siglo IV cuando fue descubierta por Santa Elena († 330), madre de Constantino el Grande (306-337); según la tradición, es bajo su supervisión que se realizan los más grandes descubrimientos arqueológicos de la historia del cristianismo: el Santo Sepulcro, el Gólgota y la Gruta de la Natividad, edificándose en cada uno de estos lugares grandes y magníficas basílicas¹⁷. El hecho más importante fue, sin duda, la “Invención de la Santa Cruz”¹⁸, atribuida también a Elena¹⁹. El *lignum crucis* se convirtió pronto

¹⁶ “Istam vero terrenam Jerusalem, quam dicis, elegit quidem ad tempus, sed ut figuram coelestis Hierusalem portaret, quousque venisset ille de semine David, qui in ea Rex in aeternum sederet”. PASCHASIUS RADBERTUS, *Expositio in Evangelium Matthaei*, I, 1, en: MIGNE, PL, t. CXX, col. 68. Tb. cit. por ALPHANDERY, P., *La Cristiandad y el Concepto de Cruzada*, Trad. de A. Garzón, UTEHA, 1959, México, pp. 14 y s.

¹⁷ LECLERQ-CABROL, *Dictionnaire d'Archéology et de Liturgie Chrétienne* (=DACL), Librairie Létouzey et Ané, 1939, Paris, XIV, col. 71.

¹⁸ “Est-il besooin de rappeler que, selon l'étymologie latine, le mot veut dire découverte?”. ROPS, D., *L'Église des Apôtres et des Martyrs*, Librairie Arthème Fayard, 1948, Paris, p. 498, n. 15.

¹⁹ Para no distraernos con la discusión historiográfica en torno a la veracidad del hallazgo, remitimos al lector interesado a: DA CL, XIV, col. 71-73, donde, además de entregarnos sumariamente las tres versiones conocidas sobre su autenticidad, encontramos un dato interesante: en el año 333 el peregrino de Burdeos no habla de la Santa Cruz lo que tampoco hace Eusebio de Cesárea; los mismos testimonios y argumentos pueden leerse en la obra de HUNT, E.D., *Holy Land Pilgrimage in the Later Roman Empire. A. D. 312-460*, Oxford University Press, 1984 (1982), Oxford, pp. 28 y ss.; ROPS, D., op. cit., pp. 499 y ss. nos proporciona un relato más resumido y fragmentario. Ver tb. SANTIAGO DE LA VORÁGINE, *La Leyenda Dorada*, LXVIII, Trad. de J. M. Macias,

en la reliquia más venerada de la cristiandad²⁰, como tempranamente atestigua Cirilo de Jerusalén (315-386):

“Jesucristo ha tomado todos nuestros pecados en su carne y los ha puesto en el madero de la Cruz...; por la virtud sola de esta Cruz, el universo entero ha creído en la predicación de los apóstoles, y vuestra sola presencia en estos lugares atesta el poder de la Cruz. ¿Quién os ha traído a este templo?... Nadie: habéis venido por consecuencia de la Cruz a colocaros bajo su estandarte...”²¹

En el discurso de Urbano II la Cruz es el signo del peregrino de Jerusalén, quien debe hacerse digno de ella con “un corazón y un espíritu puros”. El Papa en su llamado exigía un cambio de hábitos, abandonando las disputas entre cristianos, fruto del orgullo y la ambición, y empleando ese empeño en rescatar los Santos Lugares de los cuales la Cruz es el emblema por excelencia.

Este fue el origen de uno de los fenómenos más notables que haya protagonizado en su historia la Cristiandad: las Cruzadas. Iniciadas con el fervoroso discurso de Clermont, éstas abarcan un período que corre entre los años 1095 y 1291, en diversas oleadas que se conocen tradicionalmente como la Primera Cruzada (1095-1099), la Segunda (1146-1149), la Tercera (1187-1192), la Cuarta (1199-1204), la Quinta (1215-1221), la Sexta

Alianza, 1982, Madrid, pp. 286 y ss., donde se recoge la tradición conocida y aceptada hasta entonces (c. 1246) sobre la “Invención de la Santa Cruz”.

²⁰ Trozos de la Cruz se repartieron más tarde por toda la cristiandad. DACL, XIV, col. 73. Guillermo de Baskerville, personaje ficticio de Umberto Eco, exclamaría en el siglo XIV con cierta irreverencia, pero también con algo de verdad: “Fragmentos de la Cruz he visto muchos, en otras iglesias. Si todos fuesen auténticos, Nuestro Señor no habría sido crucificado en dos tablas, sino en todo un bosque”. ECO, U., *El nombre de la rosa*, Trad. de R. Pochtar, Ed. Lumen, Duodécima Ed., 1987 (1980), B. Aires, pp. 515 y s.

²¹ SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Cateq.*, XIII en: HUBER, S., *Los Santos Padres*, vol. 1: *Sinópsis desde los tiempos apostólicos hasta el siglo VI*, Ed. Desclée de Brouwer, 1946, Bs. Aires, p. 425. Tb. *Peregrinación de Egeria*, 36-37, Trad. de V. Herrero, Aguilar, 1963, Madrid. p. 109 y ss., donde se hace referencia al lugar que ocupa el *lignum crucis* en la liturgia de Semana Santa en Jerusalén, en el siglo IV.

(1227-1229), la Séptima (1245-1254), y la Octava (1270-1272)²², sin contar llamados que no tuvieron eco, como la convocatoria de Gregorio VII (1073-1085), en 1074, o la “Cruzada Popular” de 1096, o la abortada expedición del emperador Enrique VI (1165-1197) en 1197, o la tan trágica como inútil “Cruzada de los Niños” de 1212. El proceso (aunque Jerusalén se había perdido definitivamente en 1244) se puede extender temporalmente hasta 1291, fecha que marca el fin de los reinos francos del Levante, después de la caída de Acre, Sidon y Beirut. Las últimas incursiones de los templarios de Jacques de Molay, en 1298 sobre Jerusalén y en 1303 sobre Tortosa, marcan un último y fracasado intento de los occidentales por recuperar sus posesiones en Ultramar.

En nuestro caso, nos interesa especialmente el período inicial y hasta la Cuarta Cruzada, esto es, entre 1095 y 1204, aunque necesariamente deberemos hacer referencia a hechos anteriores o posteriores. Se trata de dos Cruzadas, digámoslo así, paradigmáticas: la Primera, la original, la más pura, la más espiritual y, por añadidura, la más exitosa; la Cuarta, la menos espiritual, la más comprometida con intereses mundanos y que terminó totalmente desviada de su objetivo original. Pero, claramente, son visiones contrapuestas, que pretenden exaltar una frente a la otra, aunque la realidad histórica es mucho más compleja.

2. Perspectivas de análisis

Por su complejidad, por su extensión en el tiempo, por sus diversos matices, el tema de las Cruzadas abre innumerables vías de estudio; en efecto, se puede abordar el tema desde una o varias perspectivas y cada una de ellas abrirá, a su vez, nuevas interrogantes de la más diversa índole.

Por ejemplo, se puede llevar adelante, y con éxito, un análisis desde la perspectiva social, intentando definir qué tipo de sociedad protagonizó las Cruzadas, si acaso fue una empresa identificada con un *orden* social específico, en relación con la estructura triestamental de la sociedad de la época; ¿fue una empresa liderada por los *oratores* que ponen en marcha a los

²² La numeración de las Cruzadas puede variar de autor en autor, pero, en general, se habla de 7 u 8. Hay quienes prefieren hablar de un solo movimiento cruzado, que tiene varias etapas, lo que nos parece bastante adecuado.

bellatores y, si así fue, qué rol cumplieron los *laboratores*? Real o imaginariamente, la sociedad medieval se estructuró en torno a los dichos tres órdenes que, insinuados ya en una carta de Carlomagno al Papa León III en 796²³ y, más claramente delineados, en la traducción que el rey Alfredo el Grande (871-900) hizo de la obra de Boecio²⁴, adquieren una forma teórica definitiva hacia el año mil con Adalberón de Laón (†1030), quien señala que:

“...la casa de Dios, que se cree una, está, pues, dividida en tres: unos oran, otros combaten y los otros, en fin, trabajan (*nunc orant, alii pugnant alii que laborant*). Tales tres partes no sufren por verse separadas; los servicios rendidos por una, son condición de las obras de las otras dos; cada una, a su vez, se encarga de socorrer al conjunto. Así, esta triple reunión no es menor que uno; y es así que la ley puede triunfar, y el mundo gozar de la paz”²⁵.

²³ KAROLUS REX FRANCORUM, *Epistola ad Leonem III Papam*, en: TESSIER, G., *Charlemagne*, Albin Michel, 1967, Paris, p. 385. v. tb. *Carta de Carlomagno a León III (796)*, Trad. de José Marín [<http://www.geocities.com/milan313/francos.html#carlos796>]. v. ERDMANN, C., *Alle Origine dell'idea di Crociata*, Trad. e cura di R. Lambertini, Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo, 1996 (Stuttgart, 1935), Spoleto, p. 367.

²⁴ v. LE GOFF, J., *Pour un autre Moyen Age*, Gallimard, 1977, Paris, pp. 80 y ss.; LE GOFF, J., *La Civilización del Occidente Medieval*, Trad. de G. González, Paidós, 1999 (Paris, 1964), Barcelona, p. 230.

²⁵ ADALBERÓN DE LAÓN, *Poème au roi Robert (Adalberonis Carmen ad Robertum Regem)*, vv. 295 y ss., Introduction, Édition et Traduction par C. Carozzi, Société d'Édition “Les Belles Lettres”, Paris, 1979, pp. 22-23; en pp. CXIX y ss. Carozzi se detiene en el análisis del tema de la tripartición y sus antecedentes históricos. También el texto de Adalberón se puede consultar en: POGNON, E., op. cit., p. 226; el texto latino tb. en: ERDMANN, C., op. cit., Excursus III, p. 380 (el texto íntegro no figura en la edición alemana, *Die Entstehung des Kreuzzugsgedankens*, W. Kohlhammer, 1955 (1935), Stuttgart); v. tb. DUBY, G., *L'An Mil*, Gallimard, 1980 (1967), Paris, pp. 93 y s. (hay ed. en castellano: DUBY, G., *El Año Mil*, Trad. de I. Agoff, Sexta Reimpresión, 2000, Barcelona, p. 57); MITRE, E., *Textos y Documentos de Época Medieval*, Ariel, 1998 (1992), Barcelona, p. 115. LE GOFF, J., et al., *El hombre medieval*, Trad. de J. Martínez, Alianza, Segunda Reimpresión, 1995 (Roma-Bari, 1987), Madrid, pp. 21 y s., p. 86; GUGLIELMI, N., et al., *Léxico Histórico del Occidente Medieval, I. La sociedad feudal*, Ed. Biblos-Ed. Catriel, 1991, Buenos Aires, pp.48 y s., 91 y s.

El tema podría dar para mucho, y no es nuestra intención detenernos en él ahora; señalemos solamente, siguiendo a Jacques Le Goff, que se trata de un esquema de acentuado carácter clerical, en el cual los *bellatores* quedan sometidos a los *oratores*, siendo concebidos los primeros, como los defensores de la Iglesia y la religión²⁶.

Asimismo, interesante puede resultar ingresar al análisis de fenómenos tan notables como la llamada “Cruzada Popular” de Pedro el Ermitaño, o a la “Cruzada de los Niños”. Los famosos *pogroms* de la Cruzada Popular en Alemania, tan citados cuando se quiere denostar a los cristianos, no constituyen sino una excepción dentro del movimiento, y no se inscriben en modo alguno en el llamado del Pontífice, llegando a ser condenados por varios obispos alemanes²⁷. Por otra parte, en las expediciones militares que conocemos bajo el nombre de Cruzadas, no sólo se incluye al *chevalier*, sino que, junto al ejército, marcha una multitud en la cual se incluyen peregrinos, comerciantes, y personas de la más variada índole; es, verdaderamente, una sociedad en marcha, impulsada, en principio, por un objetivo superior: se camina hacia el Oriente aquí en la tierra, y también, idealmente, hacia Arriba, a través de una vía material y al mismo tiempo espiritual. Se trata, entonces, de una perspectiva de estudio compleja, por cuanto nos encontramos frente a un fenómeno que atravesó toda la sociedad de la época, y que causó una serie de problemas que el investigador avezado debe desentrañar, como, por ejemplo, cuánto se vio afectada esa sociedad, los vínculos y patrimonios familiares, por el hecho de que muchos hombres abandonaron su terruño, para no volver, o hacerlo en muchos casos cuando ya se les había dado por muertos. Por otra parte, es interesante pensar cómo la partida de población díscola cuando no rebelde, sobre todo en la Primera Cruzada, contribuyó en el proceso de consolidación de las monarquías feudales, especialmente en el caso de Francia, ayudando al rey y a los grandes señores feudales a preservar el orden y extender su autoridad.

Además, no debe descuidarse el estudio de la sociedad de Ultramar, cómo se constituyó ésta, cuál fue la relación con los nativos; el tema de

²⁶ LE GOFF, J., *La Civilización...*, op. cit., p. 234.

²⁷ v. FLORI, J., “Une ou plusieurs “première croisade”? Le message d’Urbain II et les plus anciennes pogroms d’Occident”, en: *Revue Historique*, 577, Janvier-Mars 1991.

una sociedad feudal trasplantada constituye un apasionante problema histórico. También el surgimiento de los *poulains*, una sociedad *mestiza*, que se llegará a sentir completamente identificada con el nuevo terruño. No debe olvidarse que, si bien el establecimiento en Jerusalén, desde una perspectiva histórica amplia, fue breve (1099-1187, 1229-1244), abarcó varias generaciones de cruzados, que ya desde los comienzos se asentaron, muchos en forma definitiva, y desde muy temprano, como relata Foucher de Chartres, testigo presencial de los hechos, y quien partió a la cruzada junto a Esteban de Blois:

“...nosotros, que éramos occidentales, hemos llegado a ser orientales; aquel que era romano o franco, ha llegado aquí a ser galileo o habitante de Palestina; quien habitaba en Reims o Chartres, se ha hecho ciudadano de Tiro o de Antioquía. Hemos olvidado incluso los lugares de nuestro origen; de hecho, son desconocidos para muchos de nosotros, y hay quienes nunca han oído hablar de ellos. Algunos ya poseen en esta tierra casa y sirvientes, que les pertenecen como por derecho hereditario; aquel otro se ha casado con una mujer que no es de su mismo origen, una siria o una armenia, o incluso una sarracena que ha recibido la gracia del bautismo; otro tiene aquí yerno o nuera, suegro y descendencia; uno cultiva viñas y otro ara sus campos; hablan lenguas diferentes y todos han llegado ya a entenderse. Los idiomas más diversos son ahora comunes a una y otra nación y la confianza acerca a pueblos tan extraños. (...) El que era extranjero, ya es ahora un nativo, el peregrino ha llegado a establecerse; día a día nuestros parientes y amigos se nos vienen a reunir aquí, abandonando los bienes que poseían en Occidente. Aquellos que eran pobres en su país, Dios los hace ricos aquí; los que no tenían más que una pocas monedas, tienen aquí un número infinito de besantes²⁸; y a aquellos que no tenían sino una pequeña casa, Dios les ha dado una ciudad aquí. ¿Por qué habrían de volver a Occidente si aquello que encuentran en Oriente es tan favorable? Dios no querría que esos que, portan-

²⁸ Moneda de curso corriente en Ultramar, y que tiene su modelo en la acuñación bizantina, de allí su nombre.

do su cruz, hicieron voto de seguirlo, cayeran aquí en la indigencia”²⁹.

En cuanto a los *poulains*, constituyen un tipo social nuevo que se distinguirá claramente de los europeos, acarreándose su desprecio. El único *poulain* que llegó a ostentar un alto cargo fue Guillermo, arzobispo de Tiro. Sus costumbres locales, su relación con los musulmanes, a veces de franca amistad, según el cronista árabe Usama Ibn Munqid (1095-1188)³⁰, los diferenciaban de los primeros inmigrantes; Jacques de Vitry (c. 1170-1240), representa claramente el punto de vista del europeo, y más aún del clero:

“Se llama *poulains* –dice– a aquellos que desde la liberación de Tierra Santa han nacido en este país [...] están nutridos en las delicias, son débiles y afeminados, acostumbrados a los baños más que a los combates, entregados a la impureza y a la lujuria, vestidos como mujeres con vestiduras flexibles, adornados y compuestos como templos. Todo aquel que conoce qué poco caso les hacen los sarracenos, sabe hasta qué punto se han mostrado cobardes y temerosos, pusilánimes y tímidos contra los enemigos de Cristo. Así, mientras la inmensa multitud de los sarracenos temblaba en presencia de sus padres [...], si los *poulains* no estuvieran [ahora] acompañados por los francos y

²⁹ FOUCHER DE CHARTRES, op. cit., LVII (éd. Guizot, pp. 241-242). El original latino: FULCHERIO CARNOTENSI, op. cit., III, XXXVII, RHC, HOcc, p. 468. El texto se puede consultar fácilmente en: FULCHER OF CHARTRES: *The Latins in the East (Chronicle, Book III)*, cit. a: August. C. Krey, *The First Crusade: The Accounts of Eyewitnesses and Participants* (Princeton: 1921), 280-81 [<http://www.fordham.edu/halsall/source/fulk3.html>], *Internet Medieval Sourcebook*, Paul Halsall Dic 1997 [halsall@murray.fordham.edu].

³⁰ “Algunos francos se acostumbran y adaptan a convivir con musulmanes. Son mejores que los recién llegados de su tierra...”. USAMA b. MUNQID, *Libro de las Experiencias*, Trad. de Almudena García, Gredos, 2000, Madrid, pp. 166 y ss., 177 y s., entre otros pasajes relevantes. Véase tb. *Chroniques arabes des Croisades*, textes recueillis et présentés par Francesco Gabrielli, Trad. de l’italien par V. Pâques, Sindbad, 2^e Éd., 1996 (1977), Arles, pp. 105 y s. Fue el Sr. Diego Melo C., profesor de la Universidad Adolfo Ibáñez, quien me llamó la atención sobre la obra de Usama.

los pueblos de Occidente, los musulmanes no les temerían, por su cobardía, más que lo que se teme a las mujeres...”³¹

Y continúa luego el relato incorporando toda clase de vicios a este cuadro: traidores, mentirosos, ingratos, impíos, perezosos y maliciosos. Aún considerando los recursos retóricos de uno y otro autor, es claro que la sociedad de Ultramar, tanto en su composición como en sus costumbres, cambió entre el siglo XII y el XIII, así como cambió también la percepción que de ella se tenía en Europa.

Igualmente, se podría plantear el tema a partir de una óptica política, preguntándose por el rol de reyes, emperadores y barones en las Cruzadas. De hecho, en la Primera no son convocados los reyes, que recién comenzarán a participar desde la Segunda, y sólo después de la poderosa convocatoria de San Bernardo (1090-1153). Cabe también preguntarse, y en relación con lo anterior, y dadas las repercusiones del llamado de los Papas, hasta dónde el Pontificado actúa, de hecho, políticamente, al asumir un papel universal en la convocatoria. Hasta dónde, pues, está pesando el proceso conocido como la “Reforma Gregoriana” –pero que abarca mucho más que el papado de Gregorio VII, y, por lo mismo parece más adecuado hablar de “Reforma Pontifical”–, y, por tanto, hasta dónde se explican las Cruzadas como una expresión del Pontificado triunfante en sus aspiraciones universalistas³². Fuera del ámbito occidental, será necesario investigar acerca de la situación política del Imperio Bizantino, y cómo ésta gravitó en la época. Por otra parte, un análisis de esta naturaleza debería también considerar la organización política de la sociedad de Ultramar.

Una sociedad que se embarca en una empresa histórica de la magnitud de las Cruzadas, debe poseer una economía capaz de sostenerla. Así, pues, se abre otro tema de interés para el investigador, que deberá establecer cómo se sustentó económicamente la Cruzada. Para ello será imprescindible analizar la situación económica del Occidente Medieval en el siglo XI, y, desde esa época, habrá que establecer cómo influyeron las Cruzadas en

³¹ JACQUES DE VITRY, *Historia de las Cruzadas*, Introducción, selección y notas de N. Guglielmi, Eudeba, Bs. Aires, 1991, pp. 61 y 63 y s.

³² v. GARCÍA-GUIGARRO, L., *Papado, Cruzadas y Órdenes Militares, siglos XI-XIII*, Cátedra, 1995, Madrid, pp. 20 y ss.

la economía occidental. Tema interesante, en este aspecto, es el rol que cumplió la Iglesia financiando muchas expediciones, constituyéndose así, de alguna manera, en un poder económico³³. Y así como nos preguntábamos por la organización social y política de los reinos del Levante, también será preciso preguntarse por su organización económica. Tema controvertido desde antiguo es el de la motivación económica de los cruzados, esto es, si se trata de una expedición que se fundamenta en un ideal superior, o si no constituyen nada más que expediciones de conquista y explotación económica. En torno a lo mismo, será necesario precisar hasta dónde de la “desviación de la Cuarta Cruzada” se explica sólo en términos económicos. El estudio desde esta perspectiva puede matizar una visión excesivamente *apologética* que se pudiera tener sobre el proceso, otorgando los matices que nos permitan comprender al hombre en *su* realidad, motivaciones y aspiraciones, para no caer, por otra parte, en una visión excesivamente reduccionista, si se nos permite la expresión.

Entre esas motivaciones y aspiraciones, por último, debe considerarse el plano de la religión, a nuestro juicio de suma importancia porque permite matizar de manera más nítida las conclusiones que se hayan obtenido a partir de las perspectivas precitadas. En efecto, si bien es cierto que no se pueden desconocer las dimensiones social, política o económica inherentes a las Cruzadas, separarlas del aspecto religioso es, verdaderamente, desnaturalizar el fenómeno³⁴. Puede que, claramente y en ciertos momentos, el ideal parezca desvanecerse, pero ello no impide reconocer que operó de manera profunda y definitiva entre los hombres de la época. Es imperativo, entonces, detenerse en el ambiente religioso de los siglos XI y siguientes, y no sólo nos referimos a lo estrictamente eclesiástico, sino a la mentalidad del momento, a la piedad, a las imágenes que se podían evocar cuando se hablaba de Jerusalén, una Jerusalén entendida más que otra cosa dentro de lo que podemos llamar una “geografía mística”³⁵. En relación

³³ v. las interesantes observaciones de HEERS, J., *La Primera Cruzada*, Trad. de E. Matus, Ed. Andrés Bello, 1997 (1995), Santiago de Chile, pp. 111 y ss.

³⁴ v., entre otros, *Ibid.*, pp. 20 y s.; ERDMANN, C., *op. cit.*, pp. 5 y s.; FLORI, J., *La guerre...*, *op. cit.*, pp. 17 y s.

³⁵ El concepto ha sido utilizado por PAPINI, G., *La Escala de Jacob*, en: *Obras*, Trad. de A. Lázaro Ros, Aguilar, 1964, Madrid, Vol. IV, pp.430 y ss.

con ello, establecer hasta dónde pesaban motivaciones de carácter milenarista o escatológico. También es de vital relevancia llegar a precisar si el impulso religioso se pierde, a partir de cuándo y en qué grados.

Dado que el fenómeno de las Cruzadas, pues, es un tema complicado, y dadas las múltiples aristas que le son inherentes, y que explican de algún modo los diferentes niveles de estudio posibles –de los cuales hemos trazado apenas un bosquejo–, se hace necesario *privilegiar* una perspectiva determinada, ya que el tema, en toda su complejidad, es prácticamente inabarcable. Así, sin desconocer la validez de otras motivaciones, nuestro análisis privilegiará lo religioso, por representar más nítidamente el “espíritu de Cruzada”; además, la religión en esta época no sólo modela en importante medida la cultura, sino que se expresa en y por ella, de modo tal que ingresar al aspecto religioso, más allá de lo eclesiástico, insistimos, es hacerlo a la cultura de la época.

* * *

Es natural, con lo que ya llevamos dicho, que historiográficamente se hayan planteado interpretaciones muy diversas del fenómeno en estudio, según se privilegie uno u otro aspecto. Sir Steven Runciman, en su ya clásica *Historia de las Cruzadas*, tantas veces reeditada desde 1954, señala que, atendiendo a los extremos, las Cruzadas pueden ser concebidas como la última de las invasiones bárbaras, o como la acción más heroica y romántica que haya emprendido jamás la cristiandad³⁶. Si asumimos la perspectiva bizantina o islámica, claramente nuestra visión se orientará hacia la primera posibilidad; si la cristiana occidental, hacia la segunda. Pero se trata, evidentemente, de visiones polarizadas³⁷.

³⁶ RUNCIMAN, S., *Historia de las Cruzadas*, Trad. de G. Bleiberg, Alianza, 1994 (Cambridge, 1954), Madrid, vol. 1, p. 13.

³⁷ Cf. DAGRON, G., “Byzance entre le djijâd et la croisade. Quelques remarques”, en: *Le Concile de Clermont de 1095 et l'Appel à la Croisade*, Actes du Colloque Universitaire International de Clermont-Ferrand (1995), École Française de Rome, 1997, Roma, p. 325: “L'historiographie des croisades a changé de ton, passant dans ces cinquante dernières années de celui de l'épopée à celui de la critique...”

Runciman reconoce que, más allá de tal tipo de visiones, un hecho claro es que, a partir de las Cruzadas, Occidente emerge como el eje en torno al cual se articulará la historia del Mediterráneo³⁸, cuestión que resulta aún más sorprendente si se consideran las condiciones de Europa en los siglos IX y X, cuando Occidente no es más que un campamento militar sitiado³⁹. El siglo XI, así, constituye un momento de auge, el de la expansión de un Occidente rejuvenecido. David Jacoby, señala que las Cruzadas son parte de un fenómeno más amplio de expansión de una sociedad revigorizada, que anuncia su preeminencia militar y económica⁴⁰. Como sea, independientemente de motivaciones y justificaciones, las cruzadas aun resuenan en la imaginación y el intelecto, como un persistente ícono de la cultura occidental, como apunta Tyerman⁴¹.

No deja de ser sorprendente que un conocedor del tema como Runciman, dude de los verdaderos aportes de las Cruzadas, manifestando una opinión más bien desfavorable del fenómeno, en un tono que podríamos calificar de pesimista; apenas si considera el tema de la técnica militar con un aporte sustantivo⁴². “Visto desde la perspectiva de la Historia —escribe el estudioso inglés—, todo el movimiento cruzado fue un rotundo fracaso”. Jacques Le Goff, por su parte, lo resume crudamente así: “Apenas veo más que el albaricoque como posible fruto traído de las cruzadas por los cristianos”⁴³.

³⁸ RUNCIMAN, S., op. cit., p. 13.

³⁹ v. DAWSON, C., *Religion and the rise of Western Culture*, Image Books, 1958 (1957), New York, pp. 84 y ss.

⁴⁰ JACOBY, D., “The encounter of two societies: Western conquerors and Byzantines in the Peloponnesus after the Fourth Crusade”, en: *The American Historical Review*, 78, Wash. D.C., 1973, ahora en: JACOBY, D., *Recherches sur la Méditerranée Orientale du XIIe au XVe siècle*, Variorum Reprints, 1979, London, II, p.873.

⁴¹ TYERMAN, C., *The Invention of the Crusades*, University of Toronto Press, 1998, Toronto, p. 1.

⁴² RUNCIMAN, S., op. cit., vol. 3, pp. 424 y ss.

⁴³ LE GOFF, J., *La Civilización...*, op. cit., p. 63.

Otra vía de análisis es la que abordan, por citar sólo algunos, estudiosos de la talla de Paul Alphandéry⁴⁴, Alphonse Dupront⁴⁵ o Anatole Frolov⁴⁶, quienes se preocupan por la “historia interna” de las Cruzadas⁴⁷, indagando en la mentalidad, las motivaciones, las fuerzas irracionales, las imágenes, los símbolos, estableciendo así nuevas proposiciones y vías de análisis que permitan comprender más cabalmente el impulso que lleva a las Cruzadas, así como su “tono” histórico. Como señala Alphandéry: “...estudiar con más espacio las preocupaciones de las masas, las manifestaciones de la fe colectiva, todo lo que la multitud añade a la fe oficial, todo lo que lleva en sí en cuanto a tradiciones oscuras, en cuanto a subconsciente, en cuanto a herencias que se revelan al choque de los acontecimientos, y dibujar así una historia interna moral y religiosa de lo anónimo en la Cruzada”⁴⁸. Son estudios de gran fineza, delicados, agudos en su argumentación y sus conclusiones, que buscan –más allá del relato de los hechos, plano en el cual sobresale la citada obra de Steven Runciman– ponernos en contacto con el hombre de la época y sus motivaciones más profundas.

3. El problema

Constituyendo las Cruzadas un problema histórico tan complejo, es comprensible que sus repercusiones sean de largo alcance. Así, nos ha parecido interesante, en esta oportunidad, indagar en aquellos tópicos que dicen re-

⁴⁴ ALPHANDÉRY, P., op. cit.

⁴⁵ DUPRONT, A., op. cit., y, del mismo autor, *Le Mythe de Croisade*, Gallimard, 1997, Paris, 4 vols..

⁴⁶ FROLOW, A., *Recherches sur la Déviation de la IV^e Croisade vers Constantinople*, PUF, 1955, Paris.

⁴⁷ v. QUELLER, E.D., “A Century of Controversy on the Fourth Crusade”, en: *Studies in Medieval and Renaissance History*, VI, 1969, ahora en: *Medieval Diplomacy and the Fourth Crusade*, Variorum Reprints, 1980, London, p. 270: “...especially Alphandéry, to an analysis of the psychology of the crusading movement. More than just psychology, they have also exploited sociology, hagiography, astrology and eschatology in their effort to understand the currents of thought and emotion moving the crusade. Alphandéry describes this approach as interior history”.

⁴⁸ ALPHANDÉRY, P., op. cit., p. 58.

lación con la culminación de un proceso de larga data, cual es la constitución de un verdadero abismo cultural, una “Brecha Histórica”, que separará, en forma definitiva desde entonces, a las tres grandes civilizaciones del Mediterráneo. Si se considera solamente al mundo cristiano, durante el siglo XIII, y como efecto de la Cuarta Cruzada, el abismo que separaba a Oriente de Occidente –constituido a partir de problemas de índole eclesiástico y político, pero que responde, en el fondo, a profundas diferencias históricas y culturales– se ensanchará, haciéndose prácticamente insuperable, constituyéndose entonces lo que podemos denominar “Gran Brecha de la Cristiandad”. Dicha expresión –*Gran Brecha*–, desprovista eso sí de sus connotaciones de época oscura, la tomamos de un trabajo de D. Zakythinós⁴⁹, pues se puede plantear que, así como los años 650 a 850 d.C., período que estudia el citado historiador griego, separan dos espacios históricos del helenismo, asimismo el siglo XIII separa dos espacios históricos del mundo cristiano, y mediterráneo en general, no en una sucesión cronológica, como en el primer caso, sino en una relación de contemporaneidad.

Creemos que este problema puede ser abordado desde una perspectiva simbólica y conceptual. Dicho de otro modo, analizar el fenómeno de la *alteridad* y la *identidad* culturales, en este caso a través del concepto de “guerra santa” (definida por una recompensa espiritual ofrecida a los que mueran en combate), llegando a establecer si dicha expresión refleja o no la mentalidad de la época y, por tanto, determinar si es posible o no utilizarlo historiográficamente para referirse al período. Asimismo, tal ejercicio permitirá, al presentar los matices que la idea de “guerra santa” entraña para cada sociedad en estudio, descubrir aquellos elementos que las distinguen. Parafraseando a P. Lemerle⁵⁰, no es conveniente utilizar literariamente,

⁴⁹ “La Grande Brèche dans la tradition historique de l’hellénisme du Septième au Neuvième siècle”, en: *Χαριστήριον εἰς Ἀναστάσιον Κ. Ὀρλάνδον. Δημοσίευμα τῆς ἐν Ἀθήναις Ἀρχαιολογικῆς Ἐταιρείας* (ἐν Ἀθήναις, 1966), ahora en: ZAKYTHINÓS, D., *Byzance: Etat-Economie-Société*, Variorum Reprints, 1973, London, passim.

⁵⁰ “Byzance et la Croisade”, en: *Relazioni del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche* (Roma 4-11 settembre 1955), Vol. III, *Storia del Medioevo*, Florencia, 1955, pp. 595-620, ahora en: LEMERLE, P., *Le Monde de Byzance: Histoire et Institutions*, Variorum, 1978, London, p. 614, n.1.

como imágenes, ciertas expresiones cuyo contenido debe ser muy preciso, pues de otra manera sólo se lleva a la confusión, y no a la claridad, en los problemas históricos. Precisamente, uno de los motivos que nos lleva a plantear este tema, como ya veremos, es la utilización indiscriminada del concepto “guerra santa” para referirse a las más disímiles situaciones históricas.

APÉNDICE DOCUMENTAL

I. EL LLAMADO A LA PRIMERA CRUZADA

1. SEGÚN ROBERTO EL MONJE³⁶⁹

El año de la Encarnación de 1095, se reunió en la Galia un gran concilio en la provincia de Auvernia y en la ciudad llamada Clermont. Fue presidido por el Papa Urbano II, cardenales y obispos; ese concilio fue muy célebre por la gran concurrencia de franceses y alemanes, tanto obispos como príncipes. Después de haber regulado los asuntos eclesiásticos, el Papa salió a un lugar espacioso, ya que ningún edificio podía contener a aquellos que venían a escucharle. Entonces, con la dulzura de una elocuencia persuasiva, se dirigió a todos: “Hombres franceses, hombres de allende las montañas, naciones, que vemos brillar en vuestras obras, elegidos y queridos de Dios, y separados de otros pueblos del universo, tanto por la situación de vuestro territorio como por la fe católica y el honor que profesáis por la santa Iglesia, es a vosotros que se dirigen nuestras palabras, es hacia vosotros que se dirigen nuestras exhortaciones: queremos que sepáis cuál es la dolorosa causa que nos ha traído hasta vuestro país, como atraídos por vuestras necesidades y las de todos los fieles. De los confines de Jerusalén y de la ciudad de Constantinopla nos han llegado tristes noticias; frecuentemente nuestros oídos están siendo golpeados; pueblos del reino de los persas, nación maldita, nación completamente extraña a Dios, raza que de

³⁶⁹ ROBERT LE MOINE, *Histoire de la Première Croisade*, Ed. Guizot, 1825, Paris, pp. 301-306.

ninguna manera ha vuelto su corazón hacia Él, ni ha confiado nunca su espíritu al Señor, ha invadido en esos lugares las tierras de los cristianos, devastándolas por el hierro, el pillaje, el fuego, se ha llevado una parte de los cautivos a su país, y a otros ha dado una muerte miserable, ha derribado completamente las iglesias de Dios, o las utiliza para el servicio de su culto; esos hombres derriban los altares, después de haberlos mancillado con sus impurezas; circuncidan a los cristianos y derraman la sangre de los circuncisos, sea en los altares o en los vasos bautismales; aquellos que quieren hacer morir de una muerte vergonzosa, les perforan el ombligo, hacen salir la extremidad de los intestinos, amarrándola a una estaca; después, a golpes de látigo, los obligan a correr alrededor hasta que, saliendo las entrañas de sus cuerpos, caen muertos. Otros, amarrados a un poste, son atravesados por flechas; a algunos otros, los hacen exponer el cuello y, abalanzándose sobre ellos, espada en mano, se ejercitan en cortárselo de un solo golpe. ¿Qué puedo decir de la abominable profanación de las mujeres? Sería más penoso decirlo que callarlo. Ellos han desmembrado el Imperio griego, y han sometido a su dominación un espacio que no se puede atravesar ni en dos meses de viaje. ¿A quién, pues, pertenece castigarlos y erradicarlos de las tierras invadidas, sino a vosotros, a quien el Señor ha concedido por sobre todas las otras naciones la gloria de las armas, la grandeza del alma, la agilidad del cuerpo y la fuerza de abatir la cabeza de quienes os resisten? Que vuestros corazones se conmuevan y que vuestras almas se estimulen con valentía por las hazañas de vuestros ancestros, la virtud y la grandeza del rey Carlomagno y de su hijo Luis, y de vuestros otros reyes, que han destruido la dominación de los Turcos y extendido en su tierra el imperio de la santa Iglesia. Sed conmovidos sobre todo en favor del santo sepulcro de Jesucristo, nuestro Salvador, poseído por pueblos inmundos, y por los santos lugares que deshonran y mancillan con la irreverencia de sus impiedades. Oh, muy valientes caballeros, posteridad surgida de padres invencibles, no decaed nunca, sino recordad la virtud de vuestros ancestros; que si os sentís retenidos por el amor de vuestros hijos, de vuestros padres, de vuestras mujeres, recordad lo que el Señor dice en su Evangelio: “Quien ama a su padre y a su madre más que a mí, no es digno de mí” (Mt 10,37). “Aquel que por causa de mi nombre abandone su casa, o sus hermanos o hermanas, o su padre o su madre, o su esposa o sus hijos, o sus tierras, recibirá el céntuplo y tendrá por herencia la vida eterna” (Mt 19,29). Que no os retenga ningún afán por vuestras

propiedades y los negocios de vuestra familia, pues esta tierra que habitáis, confinada entre las aguas del mar y las alturas de las montañas, contiene estrechamente vuestra numerosa población; no abunda en riquezas, y apenas provee de alimentos a quienes la cultivan: de allí procede que vosotros os desgarréis y devoréis con porfía, que os levantéis en guerras, y que muchos perezcan por las mutuas heridas. Extinguid, pues, de entre vosotros, todo rencor, que las querellas se acallen, que las guerras se apacigüen, y que todas las asperezas de vuestras disputas se calmen. Tomad la ruta del Santo Sepulcro, arrancad esa tierra de las manos de pueblos abominables, y sometedlos a vuestro poder. Dios dio a Israel esa tierra en propiedad, de la cual dice la Escritura que “mana leche y miel” (Nm 13,28); Jerusalén es el centro; su territorio, fértil sobre todos los demás, ofrece, por así decir, las delicias de un otro paraíso: el Redentor del género humano la hizo ilustre con su venida, la honró residiendo en ella, la consagró con su Pasión, la rescató con su muerte, y la señaló con su sepultura. Esta ciudad real, situada al centro del mundo, ahora cautiva de sus enemigos, ha sido reducida a la servidumbre por naciones ignorantes de la ley de Dios: ella os demanda y exige su liberación, y no cesa de imploraros para que vayáis en su auxilio. Es de ustedes eminentemente que ella espera la ayuda, porque así como os lo hemos dicho, Dios os ha dado, por sobre todas las naciones, la insigne gloria de las armas: tomad, entonces, aquella ruta, para remisión de vuestros pecados, y partid, seguros de la gloria imperecedera que os espera en el reino de los cielos”. Habiendo el Papa Urbano pronunciado este discurso pleno de comedimiento, y muchos otros del mismo género, unió en un mismo sentimiento a todos los presentes, de tal modo que gritaron todos: *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!* Habiendo escuchado esto el venerable pontífice de Roma, elevó los ojos al cielo y, pidiendo silencio con la mano en alto, dijo: “Muy queridos hermanos, hoy se manifiesta en vosotros lo que el Señor dice en el Evangelio: “Cuando dos o tres estén reunidos en mi nombre, yo estaré en medio de ellos”. Porque si el Señor no hubiese estado en vuestras almas, no hubieseis pronunciado todos una misma palabra: y en efecto, a pesar de que esta palabra salió de un gran número de bocas, no ha tenido sino un solo principio; es por eso que digo que Dios mismo la ha pronunciado por vosotros, ya que es Él quien la ha puesto en vuestro corazón. Que ése sea, pues, vuestro grito de guerra en los combates, porque esa palabra viene de Dios: cuando os lancéis con impetuosa belicosidad contra vuestros enemigos, que en el ejérci-

to de Dios se escuche solamente este grito: ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere! No recomendamos ni ordenamos este viaje ni a los ancianos ni a los enfermos, ni a aquellos que no les sean propias las armas; que la ruta no sea tomada por las mujeres sin sus maridos, o sin sus hermanos, o sin sus legítimos garantes, ya que tales personas serían un estorbo más que una ayuda, y serán más una carga que una utilidad. Que los ricos ayuden a los pobres, y que lleven consigo, a sus expensas, a hombres apropiados para la guerra; no está permitido ni a los obispos ni a los clérigos, de la orden que sea, partir sin el consentimiento de su obispo, ya que si parten sin ese consentimiento, el viaje les será inútil; ningún laico deberá prudentemente ponerse en ruta, si no es con la bendición de su pastor; quien tenga, pues, la voluntad de emprender esta santa peregrinación, deberá comprometerse ante Dios, y se entregará en sacrificio como hostia viva, santa y agradable a Dios; que lleve el signo de la Cruz del Señor sobre su frente o su pecho; que aquel que, en cumplimiento de sus votos, quiera ponerse en marcha, la ponga tras de sí, en su espalda; cumplirá, con esta acción, el precepto evangélico del Señor: “El que no tome su cruz y me siga, no es digno de mí”.